

Tertulias y contertulios

HERNAN POBLETE VARAS*

En casa se jugaba rocambor los fines de semana. Empezaban los visitantes a llegar el día sábado a eso de las tres y media de la tarde, respetando así la siesta de mi padre, y se quedaban hasta después de comida. Los domingos, esos mismos contertulios u otros que se iban renovando aparecían poco

*Hernán Poblete Varas es escritor, crítico literario, profesor y miembro de número de la Academia Chilena de la Lengua. Nació en Valparaíso, y sus estudios los hizo en ese puerto y en Viña del Mar. Su primera novela, *Juego de sangre*, editada por Pineda Libros en 1973, desarrolla su argumento en Valparaíso. Es autor de numerosos ensayos y estudios especializados, algunos de los cuales han sido publicados en Argentina y Estados Unidos. Ha obtenido numerosos premios, como el de la Municipalidad de Santiago en 1966 por sus cuentos y el Premio de la Editorial Andrés Bello por su novela *El voltiche de la revolpita*. En diversas oportunidades ha colaborado en *Atenea*. La amena narración que publicamos con el título de *Tertulias y contertulias*, forma parte de un libro de memorias que tiene en preparación. Su vocación literaria le viene por familia, pues su padre, Egidio Poblete, fue por años director del diario *La Unión* de Valparaíso, articulista sobresaliente y traductor de la *Eneida*. De su novela *Juego de sangre* dijo Braulio Arenas que era "el traslado de la Guerra de Troya a los barrios bajos porteños con camas y petacas". Y Alone, a su vez, acotó en su oportunidad: "Un producto indiscutiblemente raro, una curiosa originalidad en que tonos y matices alternan, al parecer los más distantes, uno que trae luz de la Grecia clásica, del poema homérico, que jamás se menciona. Pero que no se olvida nunca; la otra, brotada de los bajos fondos porteños, la fauna contrabandista y pecadora, hampa brava, no sin visos de heroica, donde se entrechocan, combinando voces, acentos, nocturnas hazañas bajo claridades de epopeya. No conocemos en la literatura nacional empresa semejante".

después de almuerzo y partían cerca de las nueve de la noche: otro respeto, ahora por la madrugada del abominable día lunes.

Eran, pues, dos largas veladas junto a la mesa de Viena y su tapete verde. El rocambor, tresillo o juego del hombre es difícilísimo, y yo perdí muchas horas de mi infancia observando a los especialistas y tratando de aprender "de visu" el complicado juego: nunca lo logré, aunque sí han quedado imborrables en mi memoria el tintineo de las fichas de bronce y las expresiones que definían las diversas alternativas: mano, muerto, jugador, paso, solo, bola de oro, espadas, bastos, copas, codillo. Lo demás transcurría en silencio, pues el rocambor es juego de mudos y sólo admite los comentarios al final de la partida.

Los visitantes eran casi todos viejos amigos. Rara vez vi que compartiera la mesa alguna amistad recientemente contraída. Entre estas últimas recuerdo a un pequeño gentilhombre inglés, vestido con amplias y finas ropas deportivas, mejillas rojas y blanca y abundante cabellera. Míster, como se llame, se batía escasamente en español y sólo un poco más en el tresillo. Pero jugaba con entusiasmo, aunque nunca logró llamar por su nombre al palo de espadas. Para él eran *cochillos*, y así los declaraba. Ignoro de dónde salió y cómo desapareció Mr. Cochillos de las sesiones rocamborescas.

Los habituales eran para nosotros los menores, como parte de la familia, una familia extremadamente larga y abundante desde siempre.

Uno de los principales y permanentes eran don José Rito Navarro Martínez, alto y delgado como un Quijote decimonónico, venezolano de origen y fotógrafo avecindado en Valparaíso desde tiempo inmemorial. En casa abreviábamos su larga nomenclatura llamándolo sencillamente Navarrito, apelativo que toleraba gustoso y hasta agradecido, aun en boca de los más chicos. Navarrito usaba monóculo, hábito que lo singularizaba doblemente; se peinaba al medio unos cabellos escasos y lacios, y lo obsesionaba a uno con un tic nervioso que le hacía cerrar constantemente un ojo, como si estuviera detrás de la máquina fotográfica.

En eso de la fotografía era profesional, y por su estudio pasaron los rostros más famosos de Valparaíso y sus aledaños, Santiago incluido. Hacerse fotografiar por Navarro Martínez era más importante que el certificado de vacuna o la cédula de identidad y, por cierto, muchísimo más conspicuo. Su aristocrático prestigio anulaba por completo las arremetidas de su competidor Valk, que por esos tiempos se había instalado en el Puerto con grandes ínfulas europeas. Comparada con las de Navarro Martínez, una fotografía de Valk era propia del mediopelo.

Aparte del tic y del monóculo, caracterizaban a Navarrito su modo de

hablar con leves cadencias tropicales y la forma en que metía las manos en los bolsillos de su chaqueta, dejando los pulgares afuera.

Con mi padre eran antiquísimos amigos y nada sino la muerte pudo disolver los lazos fraternos que los unían. Aún recuerdo el temblor de su voz y la angustiosa multiplicación de su tic cuando nos visitaba ya muerto mi progenitor.

Algo así como su reverso —o su complemento— era don Cesáreo Dávila: gordito, de calva brillante, argentino de nacimiento y agente de aduanas. Poseía una especie de fina rusticidad, un modo algo campestre o gaucho, libre de complicaciones y todavía más de inquietudes intelectuales. Era un paradigma de sencillez aureolada de bondad, y tan apgado a los hábitos del rocambor que, cuando ganó el gordo de la Lotería sólo pudo comunicar la fausta noticia por teléfono usando el dialecto de los jugadores: "Acabo de hacer el solo de oros más grande de mi vida".

Una tarde, mientras esperaban a los contertulios que debían completar el cuarto, don Cesáreo y mi madre conversaban en la solana, contemplando el mar desplegado entre las dos hileras de grandes eucaliptos que cercaban ambos costados de la casa. Anidaba en esos eucaliptos un invisible chuncho, cuya presencia era sólo revelada de cuando en cuando por su triste canto, que nunca tuvo para nosotros nada de agorero, a pesar de las supersticiones que suelen convertir en arriesgada la existencia de aquellos pajarracos. Don Cesáreo, acaso por tener tema de conversación, observó de pronto:

—¿Se ha fijado, señora Estelita, que hace tiempo que no canta el chuncho? ¿Que se habrá muerto el animalito?

Como respondiendo a la evocación, el chuncho lanzó al aire su penoso grito:

—Ju, ju, ju!

Y don Cesáreo, con sorprendido gesto, exclamó:

—¡Miren lo que es la telepatía!

Desde entonces, cada vez que alguien en casa salía con un despropósito se le recordaba la telepatía del chuncho.

Rocamborero y amigo de alto coturno era el capellán José Luis Fernández, autor de una entretenida novela injustamente olvidada: *Diabloluerte*.

En nuestros tiempos, hay que recordar que diabloluerte se llamaba otrora una tela fuerte y resistente con que se confeccionaban duraderos pantalones de uso popular. Ahora, el diabloluerte ha subido de categoría y adquirió nombre francés: se llama *cotelé* y lo usan las niñas para enfundarse estrechamente de la cintura para abajo. El tránsito del diabloluerte por la escala social ha variado su modesta historia: de las rudas extremidades

proletarias a las blandas redondeces femeninas. No todos los géneros tienen tan favorable destino.

Con vivo conocimiento de los ambientes populares, don José Luis Fernandois narró las aventuras y picardías de un suplementero mapochino al que sus compinches apodaban "diabloliente" en homenaje al par de pantalones que, como otra piel tan incorporada a su humanidad como la propia, usaba desde épocas inmemoriales. Periódicamente, alguna amiga comedida ajustaba, alargaba, acortaba o parchaba los históricos pantalones sin desprenderlos de su propietario.

Pero el capellán —o "capito" en el lenguaje familiar —no sólo era un buen escritor: era culto, ingenioso y navegado. Su charla estaba llena de chispazos humorísticos, de imaginativos epítetos, de afilada ironía y profundo saber. En sus años mozos había viajado alrededor del mundo como capellán del buque-escuela *Baquedano*, llegando hasta el oriente extremo y los puertos de Japón. Uno de esos amigos que nunca faltan, tratándose de viajeros, le hizo un encargo:

—Capellán: en el Japón hay unas preciosas boquillas de marfil, finamente talladas, así de largas y muy delgaditas... ¿me podría traer una?

Don José Luis aceptó pacientemente el encargo; dio en Japón con las afamadas boquillas, tan hermosas y tan finas, que decidió comprar dos: una para el amigo y otra para él.

En el viaje de regreso, un gran temporal acosó al *Baquedano*. El barco daba tumbos y tumbos, embestido por las olas. El capellán, indiferente a los acontecimientos, fumaba en su boquilla, tranquilamente acodado a popa. De pronto, hubo un terrible golpe de mar; trastabilló el capellán, lanzó una energética exclamación y la boquilla, con todo y cigarrillo, fue a dar al fondo de las olas. Anonadado por el triste percance, el capellán se lamentó a gritos:

—¡Caramba! ¡Perdí la boquilla del amigo!

Cuando mi madre, que era una excelente mano, formaba parte del cuarto de rocamboreros, el "capito" solía decir:

—¡Ahora vamos a jugar entre hombres!

Era su modo de celebrar la destreza de misiá Estelita y su capacidad de concentración en las peripecias del juego.

Otros no eran tan diestros ni tan concentrados, al menos con las cartas. A esta última especie pertenecía el doctor Elías Foncea, tan reputado médico como impenitente distraído. El doctor Foncea era pequeño y enteco. Usaba unos grandes anteojos en la punta de la nariz y el nudo de la corbata medio perdido en las primeras estribaciones del chaleco. A nadie extrañaba verlo con los zapatos cambiados o los botones del pantalón peligrosamente sueltos. Sus nociones del tiempo eran igualmente intercambiables. No era

raro que al llegar, a las tres de la tarde, saludara con un asordinado "buenas noches" o que, después de comida, cuando los menores íbamos a despedirnos antes de subir a nuestros dormitorios, el doctor nos interrogara con severidad: "¿que va para el biógrafo?".

Tenía una complicada muletilla que intercalaba casi a cada palabra, con lo que sus conversaciones eran tan largas como difíciles de seguir: "Porque... y viene y va...". A menudo después de la muletilla se olvidaba de lo que estaba hablando y producía unos dilatados silencios que los demás llenaban con carraspeos y discretas toses. Sus distracciones eran legendarias: dejar al paciente con el termómetro bajo el brazo o la lavativa puesta solían ser casos de frecuente ocurrencia, como decía Raúl Silva Castro. Una noche comía en casa. Al servir el asado, mi madre le preguntó:

—¿Cómo lo quiere, doctor? ¿Con ensalada o con arroz?

Y el doctor, muy atento, le contestó con una reverencia:

—Con arroz, pero cocido...

Entre tanto "y viene y va" al doctor le ocurrían insólitas aventuras. Solía tener, como todos en este mundo, algunas urgencias fisiológicas. Para satisfacerlas debía salir de la sala de juegos, cruzar el redondo *hall* de la casa e introducirse en el baño de visitas que, como todos supondrán, estaba situado en un vano debajo de la escalera que conducía al segundo piso. Aquello era muy simple para cualquier desprovisto de inhibiciones, pero no para el doctor que al llegar al *hall* se enfrentaba inevitablemente con toda la parte joven de la familia, que ahí nos reuníamos a conversar, reír o escuchar música. Don Elías, más chiquito que de costumbre, nos observaba por encima de sus anteojos, hacía una especie de saludo y murmurando "y viene y va... buenas tardes" (no importaba la hora), retrocedía hacia la sala de juegos, muy confuso y bastante más urgido. Ahí meditaba un instante y luego, con energica resolución, abría la puerta que daba a la solana, descendía por la gran escalera que comunicaba ésta con el jardín y, ya en esa "tierra de nadie", buscaba el arbolito o el arbusto apropiado para desahogarse discretamente de sus líquidos apuros.

En el corro familiar se sostenía que, los lunes por la mañana, una delegación de hormigas subía a parlamentar con mi madre: protestaban por la inundación de sus domicilios a manos (o a otras cosas) del doctor Foncea.

Tenía éste una cónyuge que se llamaba Petronila y era digna de su nombre: grande, voluminosa y pétrea. Cuando estaban juntos, parecía que el doctor parasitaba en ella: tan chiquito al lado de dama tan rotunda. Doña Petronila era, con todo, poseedora de encantos ocultos que se manifestaban —para nosotros— en los días de festejos, que eran muchos. Como mi madre

se llamaba Estela del Carmen y nació un 15 de julio, se celebraba por partida doble: para cumpleaños y santo, en dos funciones continuadas.

Mi padre, más quitado de bulla, se celebraba el uno de septiembre, día de San Egidio y San Arturo. En aquellos tiempos, los mandatarios eran más caritativos y solían conmemorar sus onomásticos decretando asueto para todos los escolares. Como entonces gobernaba el León Alessandri, para nosotros el festejo se duplicaba: sin clases y con jolgorio en casa.

Temprano, en esas fechas, comenzaba el desfile de regalos. Rompía el fuego doña Petronila con un enorme árbol de frágiles hojuelas pacientemente entrelazadas por innumerables bejucos de almíbar "de pelo". Lo seguía el infaltable jamón de don Cesáreo: toda una pierna, completa y rozagante, planchada y recubierta por miríadas de diminutas pastillas de colores. Navarrito era portador de una admirable caja de chocolates, que por su tamaño parecía casi imposible de consumir, pero esto era sólo un espejismo que duraba escasas horas. Con una efusiva tarjeta solía llegar el presente de don Federico Costa: una especie de "neceser" de tres pisos repletos de bombones de su admirable fábrica. Canastillos de flores y también de botellas de aristocráticos vinos, pasteles y otras hazañas de repostería, caldos de la famosa viuda, más el pedido extraordinario al Almacén Mac-Gow continuaban la larga sucesión de maravillas que deleitaban a los infantiles ojos.

Con semanas de anticipación, tal y como lo describió mi padre en un celebrado cuento, mi madre y sus ayudantes de la cocina cebaban pavos, atragantándolos con nueces enteras y vasitos de licor.

Esas noches, la extensa mesa del comedor en que cabían dos docenas de personas cómodamente sentadas, era una gloria, visual y olfativa. Humeantes tazas de consomé; profusas ensaladas con mucho apio, paltas y nueces; pechugas de pavo; sonrosado jamón; tortas, pasteles, caramelos; cristal y vino; fuentes que resplandecían y, entre todo, las engañosas jaleas multicolores, siempre mejores de ver que de paladear.

Los menores y más jóvenes ocupábamos lugares improvisados en los rincones del comedor, cerca del repostero, lo que no era del todo malo, porque colocaba al alcance de las manos los platos y bandejas que provenían de la cocina. Eran las 'mesas del pellejo', tan influyentes en mi vida que siempre me parece más cómodo y tranquilo estar en ellas que en lo más agitado del banquete.

Muchísimos años más tarde, leyendo *El loco Estero*, he podido observar que gastronómicamente hablando, transcurrió menos tiempo entre la mesa de Blest Gana y la de mis padres que entre ésta y la de nuestros días.

Don Arturo Bascuñán, notario, era contertulio más bien de día domin-

go. Un accidente o un defecto muscular congénito le había soltado el lado inferior que caía húmedo y grueso sobre la barbilla. Esto hacía que, muy en privado, lo llamáramos Don Getulio. Era difícil sustraerse a la tentación de fijar la mirada en esa boca protuberante y salivosa. Pasa así con los defectos ajenos. Cuando mi hermano Carlos era apenas un niño y la familia vivía en Valparaíso en una casa contigua al diario *La Unión*, llegaba hasta la puerta a dejar su mercancía un lechero llamado Juan y sumamente tuerto. Mi madre había prohibido so penas infernales que se aludiera a la desgracia de aquel pobre hombre y la prohibición, por cierto, desataba toda clase de apetencias. Un día mi hermano Carlos no aguantó más y, mirando fijamente al suelo, preguntó con el más inocente de los tonos:

—¿Usted, Juan, es tuerto de una pierna?

Pero volvamos a don Arturo. Ni él ni su señora doña Herminia eran grandes jugadores, y más bien pertenecían al equipo de reserva: más que jugar, miraban. En cambio, eran fanáticos discutidores sobre todo a la hora de comida, cuando había libertad para conversar a dos carrillos. A veces doña Herminia, aunque se apellidaba Frías, se acaloraba. Entonces, frente al rostro del contrincante, esgrimía furiosamente el tenedor con un pedazo de bistec en la punta.

La verdad es que jugaba no mal, sino peor y, como tenía un genio de todos los diablos, el comentario de sus errores la ponía fuera de sí. No pocas veces se levantó furiosa y se alejó de la sala de juegos encasquetándose de un golpe el sombrero pajizo, adornado con flores. Mi madre tenía que hacer milagros para restablecer la paz y lograr que doña Herminia volviera a la mesa en momentánea tranquilidad, mientras el marido observaba impertérrito el desarrollo de los acontecimientos.

En los meses de verano solía hacer fugaces y siempre solitarias apariciones don Carlos Cousiño Urrutia, corredor de seguros, tenor aficionado y padrino de mi hermano homónimo. A pesar de sus apellidos, don Carlos Cousiño (o Cuitiño, como se le llamaba en casa) era pobre de solemnidad. Esto de ser pobre era como una costumbre, que conservó casi hasta la vejez. Vivió muchos años en Valparaíso, y sólo entrado ya en años se trasladó a Santiago. Su suerte cambió con la mudanza, logró un buen pasar y hasta fue socio afamado del Club de la Unión, aunque su ruidosa fama venía más de muy particulares virtudes que de la prosapia o el dinero nunca abundante.

En sus años mozos y de tenor operático su pobreza era como un blasón. Solía contar que una vez que viajaba por las calles del Puerto en un bus (entonces se llamaban góndolas), se le acercó discretamente otro pasajero y le murmuró al oído:

—Tenga cuidado, señor... un roto está tratando de meterle la mano al bolsillo...

—No se preocupe —respondió don Carlos—. Ya ni bolsillos tengo.

Por aquellos tiempos —yo no existía aún— mi padre era, entre muchísimas cosas, profesor de la Escuela Naval, lo que daría para otro capítulo. Entre los sacrificios que le imponía el cargo estaba el de asistir a la revista de fin de año. Para no aburrirse demasiado con tantos desfiles, gimnasias, medallas, diplomas, saludos y descargas de fusilería, le pidió al compadre Cuitiño que lo acompañara.

Brillaba el sol —como en nuestra juventud— y el espectáculo de la parentela de los cadetes, enflorada, peripuesta y sonriente, era formidable. Entre tanto despliegue y elegancia resplandecía con luz propia una hermosa dama, de la cual Cuitiño se enamoró de inmediato. Cuando se dirigían a la salida, finalizados los brillantes acontecimientos, don Carlos suplicó:

—Compadre, acompáñame. No puedo dejar que se me escape esa mujer.

Don Egidio, que tenía una resignada buena voluntad, asintió. Y la siguieron por los meandros, escaleras, escalinatas, paseos y calles vertiginosas de Playa Ancha. Tras mucho andar, mucho trepar, mucho jadear el acompañante, con el aliento en un hilo, renunció:

—Ya no aguento más. Volvamos.

—No, compadrito. Yo sigo. Me tengo que casar con ella.

—Cuidado, compadre, mire que a lo mejor se llama Catalina.

—¡Aunque se llame Catalina! —clamó el tenor con su voz más impostada, y reanudó la persecución.

Se llamaba Catalina y, de tanto insistir, don Carlos terminó casándose con ella.

Muchas de las aventuras de don Carlos Cousiño están relacionadas con un vicio que jamás pudo vencer: era un denodado aerófago. Lo malo del caso es que cuando uno traga aire éste acaba saliendo por algún sitio: los estruendos orales de don Carlos eran legendarios. Cuando se vino a Santiago hizo amistad con un colega de vicio que emitía ruidos semejantes, pero por el otro extremo. A la junta de ambos se le conocía en el Club por la razón social de “Peo, Eruto y Compañía”.

Mi tío Eduardo era el miembro con más cara de alemán de toda la familia Poblete. Me he preguntado de dónde nos viene este aspecto germánico, que suele causar raros sucesos. Según Enrique Lafourcade, yo soy el tipo con más cara de alemán que encontró en sus innumerables viajes a Valdivia. Y mi hermana Elsa, un día que paseaba por la que era entonces Alameda de las

Delicias, fue prácticamente asaltada por una dama que le infligió robustos abrazos, mientras daba bramidos de alegría gritando, para complacencia de los espectadores:

—Frida, Frida, mien Gott, wie ghets dir...!

Mi hermana, que no hablaba palabra de alemán, hacía inútiles esfuerzos para convencer a la espontánea amiga que no era Frida ni cosa que se le pareciera, pero la otra continuaba sus danzas de felicidad:

—Ich Freue mich, dir, wieder zu sehen...

—Es que no soy Frida...

—Frida... Frida... was für eine Freude!

Cuando logró desprenderse, mi pobre hermana llevaba encima un terrible complejo germánico y, como se llamaba Elsa, vivía vigilando las esquinas ante el temor de que se le apareciera Lohengrin con cisne y todo.

Me imagino que la causa primera de estos trastornos deben ser los godos que se instalaron en Castilla la Vieja, cuna —según parece— de mis ancestros, según piensan los amigos. Los eventuales enemigos alegan que somos catalanes.

Al tío Eduardo no lo afectaban los aires castellanos ni los catalanes. Era, solamente, un caballero gordo y risueño, viudo y vuelto a casar, provisto de un ciclópeo buen diente, aficionado o más bien profesional de la buena mesa. Solía llegar por nuestra casa con cierto aire contrito, tal vez para hacerse perdonar el alto sitio que ocupaba en la jerarquía de los varones Poblete. Aquella jerarquía fue establecida en años de mocedad por un amigo de Los Andes. Según ella, Evaristo —el mayor— era lo que se dice más o menos y más bien descolorido; Egidio, el segundo, era un bueno para nada. En cambio Eduardo, el menor, ¡ése sí que era hombre! El amigo se refería a la capacidad para agarrar farra.

Estas virtudes convirtieron al tío Eduardo en un gigantesco espécimen. Ya era alto por naturaleza, y la buena vida le sumó el respetable ruedo que acentuaba su imagen de alemán y bávaro por añadidura. Los hábitos gastronómicos y los consiguientes kilos de más le causaron algunos percances que él mismo contaba con más alegría que arrepentimiento.

Cierta vez se bajó sobre andando de uno de esos carritos eléctricos que llenaban de ruido pero salvaban de humo al centro de Santiago. El tío calculó mal la ecuación peso propio multiplicado por velocidad del tranvía, y apenas saltó de éste en gimnástico trance, salió disparado por la acera, y sin poderse contener entró de sopetón en una farmacia, y la cruzó de un vuelo hasta incrustarse en el mostrador. La muchacha que atendía observó atónita sus evoluciones y el brusco aterrizaje. El tío, procurando justificar el vertiginoso arribo, gritó:

—¡Señorita! ¿Tiene corbatas?

Los apuros del tío Eduardo no eran sólo de orden dinámico. En sus años de viudedad, cortejaba a una niña y, según era costumbre en los pueblos chicos, se encontraba con ella en los largos paseos de la estación ferroviaria. El día de autos el tío se había festejado como un caballero al tiempo de almorzar: su cazuelita de pava con chuchoca, porotos con baranda y, de postre, higos revolcados en harina tostada.

Al poco rato, el paseo por el andén se convirtió en un suplicio y no había pretexto para dejar plantada a la niña en plena estación y ante la distinguida sociedad local. Pero no había sino una forma de aliviarse, y ésa no pasaría inadvertida.

En esto, ¡oh designios de la Providencia!, entró el expreso de Santiago pitando a todo vapor. Era el momento preciso para un desahogo sin consecuencias sonoras.

—Y... ¿qué pasó, tío? —le preguntamos.

—Tremendo, hijitos, tremendo... Me faltó pito.

Además de viudo, la falta de pito lo privó de novia.

Meses más tarde, asistía a una gran fiesta en la ciudad de Concepción, donde era administrador de aduanas. Entre la concurrencia, casi toda desconocida para él que recién llegaba, advirtió la aparición de una dama todavía joven, elegante, buenamoza, gordita. Hizo averiguaciones. Como él, aquella señora había enviudado hacía poco y no tenía familia. Los presentaron. El tío inició un discreto palabreo. Simpatizaron. Las cosas se iniciaban notablemente bien. Galante, él insinuó, señalando un antiguo y noble sofá:

—¿Nos sentamos a conversar?

Ella, accediendo, se sentó.

Después se sentó mi tío. Y entonces el sofá demostró que realmente era antiguo, partiéndose por la mitad. El tío y la viudita siguieron conversando en el suelo. Meses más tarde se casaron. Y para que esto termine como los cuentos de hadas, agregaré que me consta que vivieron muchos años y fueron muy felices.